
LA OBRA FILOSÓFICA DE ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

Ya hace más de dos años que a invitación del Departamento de Difusión Cultural de la UNAM, leí una conferencia en el Teatro de la Universidad dentro del ciclo “Escritores mexicanos del siglo xx”, dedicada a esbozar algunas ideas que me sugería el conjunto de la obra de Adolfo Sánchez Vázquez. Fue justamente en aquella ocasión que surgió la iniciativa, que hoy se hace realidad, de reunir algunos de los trabajos menos conocidos pero no menos importantes del autor para acercarnos, de otra manera, a su pensamiento y, a través de él, a la problemática que examina y que, como es sabido, se encuentra estrechamente relacionada con el discurso marxista.

Sánchez Vázquez accedió generosamente a entregarnos los trabajos ahora publicados y a la idea de anteponer aquella conferencia a manera de presentación general, sin embargo, debido al ya conocido ritmo de las prensas universitarias, tanto la obra de Sánchez Vázquez fue enriqueciéndose con nuevos ensayos y libros, lo que es natural en un filósofo en activo, como mi propio enfoque de diversas tesis sostenidas por él, ha venido evolucionando. Es por ello que he decidido destacar algunas de las ideas principales de aquellas conferencias tratando de actualizarlas en algunos aspectos pero manteniendo el planteamiento original.

Adolfo Sánchez Vázquez nació en Algeciras, Cádiz, en 1915, pero vivió la mayor parte de su infancia y juventud en Málaga. Desde temprana edad se incorporó a la Juventud Socialista Unificada, cuyo secretario era, en ese entonces, el hoy polémico líder histórico español, Santiago Carrillo. Entre sus actividades en la JSU, Sánchez Vázquez dirigió el periódico *Ahora*, órgano central de aquella agrupación política.

De Málaga se trasladó a Madrid, en donde inició sus estudios filosóficos en la Universidad Central. Aquella universidad, como dice el propio Sánchez Vázquez en “Mi obra filosófica”, era la dominada por Ortega y Gasset, en donde los filósofos más estudiados eran Scheler, Heidegger y Husserl y en donde las luminarias tomaban el nombre de José Gaos, Xavier Zubiri, García Morente y Julián Besteiro. En aquella universidad está ausente Marx, es por ello que la preocupación de ASV por el marxismo vino más bien de la vida política que del mundo académico.

Aquellos años eran los que precedían a la Guerra Civil. Años de duras polémicas políticas, de golpes y contragolpes militares, de agitación y de secesión. Eran los años de Azaña, de Largo Caballero, del comandante Rojo y de Negrín, pero también los de Lorca, Alberti, Miguel Hernández, León Felipe y Pedro Garfias, entre muchos otros.

Cuando sobrevino la guerra, Sánchez Vázquez se enlistó en las filas de la revolución antifascista. Estuvo en el comisariado de la Onceava división, jefaturada por Líster, y en la comisión de prensa y propaganda del quinto cuerpo del ejército. Pero, como todos sabemos, sobrevino la derrota y luego el exilio; “los caminos se poblaron de caminantes y hombres fugitivos que marchaban al destierro con el dolor a costas”, decía Neruda. Fue así que llegaron a México algunos de los más valiosos intelectuales de España. Algunos tenían ya una obra teórica o política reconocida: Joaquín Xirau, José Gaos, Eugenio Ímaz, Juan David García Vacca, Eduardo Nicol, Wenceslao Roces y muchos otros no menos importantes, pero que no es necesario repetir porque este pasaje de la historia de la cultura en México es de sobra conocido. Pero también, junto a los anteriores, otros como Sánchez Vázquez, Juan Rejano y Pedro Garfias se significarían más tarde.

Los primeros años del exilio fueron los de la esperanza del retorno acompañados de una intensa actividad política y literaria (ASV funda con Rejano, Sánchez Barbudo, Herrera Petere y Lorenzo Varela, la revista *Romance* que duró catorce números). Luego, en 1941, se trasladó a Morelia y, tres años después, vuelve a México.

La Facultad de Filosofía y Letras que encontró Sánchez Vázquez en México tenía su sede en el viejo edificio de Mascarones y ahí se escuchaban, de nuevo, ecos filosóficos de la Universidad de Madrid: el *dasein*, el *pre-ser-se*, el *yo soy yo y mi circunstancia*, las ciencias de la naturaleza y del espíritu, el ÉLAN VITAL. Pero también ocurría una novedad: era el momento del surgimiento del grupo “Hiperión”, que buscaba el camino de una vía genuina o auténtica de la filosofía.

¿Cuál era la impresión de Sánchez Vázquez frente a estos planteamientos de la filosofía del mexicano o de lo genuino latinoamericano? No tenemos ningún indicio de respuesta a ello. Lo que era claro es que sus intereses se orientaban hacia otro terreno: el de la estética.

En 1959 presenta su tesis de maestría titulada “Conciencia y realidad en la obra de arte”. Sobre ella dirá a Valeriano Bozal en una entrevista (revista *Triunfo*): “es una tesis que pretendía ser abierta y antidogmática, y hasta cierto punto lo era en aquel momento, teniendo en cuenta los problemas del stalinismo, pero ahora no lo parece”.

Tenemos así una revolución de ASV de la literatura a la filosofía y en la filosofía, una adopción del marxismo en la única versión que se podía sostener en esos años: el *Dia-mat*.

A pesar de ello, pronto Sánchez Vázquez toma conciencia de una crisis que empieza a salir a la superficie y que gradualmente vendrá a marcar su pensamiento. El primer sacudimiento fue el “Informe secreto” de Jrushov al xx Congreso del PCUS en 1956. El segundo, aunque de distinta naturaleza, fue la inesperada transformación de Cuba al socialismo, hecho que conmocionó a toda América Latina. El tercero, la intervención de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia.

Los trabajos de Sánchez Vázquez escritos a partir de 1961 se encuentran tensionados por la crisis teórica y política del marxismo, es decir, por la gradual toma de conciencia de la bancarrota de toda la concepción filosófica y política derivada del stalinismo y de la crisis del movimiento comunista internacional.

El punto de arranque de esta nueva forma de ver las cosas es el ensayo titulado “Ideas estéticas en los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*” publicado en *Dianori*, en 1961, antecedente de *Las ideas estéticas de Marx*.

A partir de aquella fecha, la obra de ASV se ha desplegado principalmente en las siguientes direcciones: el estudio de la ética, el análisis de la estética, la búsqueda de una concepción filosófica original y, finalmente, el análisis de las ideas políticas de Marx, Engels o Lenin y sus consecuencias para el análisis del movimiento socialista.

En el caso de las preocupaciones sobre la ética, se incluyen tanto el libro así titulado como su ensayo “Notas sobre la relación entre moral y política”.

Según las palabras del autor en su *Ética*, trata de salirle al paso al apriorismo, utopismo y moralismo para fundar una ética desde el punto de vista científico.

Los trabajos de estética pueden ser divididos en varios apartados: el análisis de las ideas estéticas de Marx; la relación entre Lenin y el arte, la política artística y la literatura; y finalmente, la búsqueda de una concepción propia donde incluiríamos el trabajo sobre la socialización de la creación o muerte del arte.

Tanto en *Las ideas estéticas de Marx* como en la antología sobre *Estética y marxismo*, podríamos decir que se dan dos grandes propósitos: primero, el de dar un golpe definitivo a todos aquellos que consideraban que la estética de Marx o del marxismo podía identificarse con la derivada del realismo socialista; y segundo, criticar la concepción sociologista para descubrir el nivel más profundo y originario del arte, es decir, el de ser una actividad práctico-creadora del hombre.

Otro acercamiento a la estética, pero más propiamente a la política artística del socialismo, han sido sus textos “Literatura e ideología: Lenin ante Tolstoi” de 1978; “Lenin y el arte” de 1970; “Lenin, el arte y la revolución” de 1972 y “Lunacharsky y las aporías del arte y revolución”, que constituyó el prólogo a las obras del dirigente de la cultura del periodo de Lenin.

Es importante destacar que frente a Lenin, Sánchez Vázquez asume una posición desmitificadora. De ahí su insistencia en señalar que aquel gran revolucionario aborda ciertos terrenos como los de la filosofía, la ciencia o el arte “como político y desde la política”. Desde esa perspectiva, al mostrarnos cómo las preferencias personales de Lenin por un arte realista y comprometido ideológicamente con las masas, no presuponian una definición en la política artística que debería seguir el gobierno ruso de los primeros años, Sánchez Vázquez parece enviar un mensaje a la Revolución cubana para que adopte una postura similar. Pero ASV va más allá cuando analiza la concepción que Lenin tiene sobre la obra de Tolstoi. En su trabajo, explica que Lenin considera a Tolstoi “espejo de la revolución rusa”, a pesar de que este espejo sea complejo y contradictorio. Lenin admira la fuerza creadora de Tolstoi, su capacidad de recreación de algunos aspectos esenciales de la revolución a pesar de sostener una ideología contraria a ella. Con esto quiere mostrarnos cómo el propio Lenin no reduce la obra artística o literaria a términos ideológicos y, por el contrario, la concibe como una forma de conocimiento. Toda esta concepción es claramente opuesta a las que más tarde se desarrollarían en su nombre.

En uno de sus últimos trabajos, ASV trata el tema de la transformación de la relación entre arte y espectador en el capitalismo y en la sociedad socialista. Aquí encontramos nuevos rasgos de la estética original que se viene abriendo paso en las obras anteriores, sin embargo, debemos decir que aún no ve la luz pública ese gran ajuste de cuentas que estamos esperando con Lukács, Brecht, Goldmann, Della Volpe o Fischer.

Otra veta desarrollada por ASV es la de su propuesta acerca de lo que es la filosofía marxista. Algunos rasgos iniciales se encuentran en *Las ideas estéticas de Marx*. Un nuevo acercamiento ya más sistemático lo encontramos en la primera y segunda edición de *Filosofía de la praxis*. Otros ajustes y precisiones las encontramos en su trabajo *Del socialismo científico al socialismo utópico*; el prólogo al libro de Korsch, *Marxismo y filosofía*; el ensayo titulado “Estructuralismo e historia”, la conferencia denominada “La estética libertaria y comprometida en Sartre”; más recientemente en *Ciencia y revolución. El marxismo de Althusser*; en su ensayo sobre Ferrater Mora “Filosofía, ideología y sociedad”; en su ponencia “La ideología de la ‘neutralidad ideológica’ en las ciencias sociales” y finalmente en el trabajo titulado “La filosofía de la praxis como nueva práctica de la filosofía” presentado al IX Congreso Interamericano de Filosofía, celebrado en Caracas, en 1977.

¿Cuál es su concepción de la filosofía y más propiamente de la filosofía marxista?

En el interior del marxismo, Sánchez Vázquez se deslinda de cinco concepciones que han surgido de la ambigüedad con que Marx trata el

tema de la filosofía después de 1845 y que han sido un motivo permanente de debate.

Primera. Frente a aquella tesis que considera que el Marx de la madurez abandona la filosofía. Para Sánchez Vázquez es necesario tomar a Marx en su totalidad intensiva y extensiva. De tal modo que para él no existe una concepción filosófica en el joven y otra radicalmente distinta en el viejo Marx. Lo que ocurre es que esta concepción se va transformando. En Marx, la filosofía no es, al modo clásico, una pura y contemplativa concepción del mundo sino una concepción que busca activamente su transformación. Este hecho implica una novedad y una revolución en los diversos aspectos de toda filosofía: en su objeto de reflexión; en su dispositivo conceptual; en su historia propia, es decir, en su relación con otras filosofías; por su relación con la superestructura y la ideología; y finalmente por su relación con la práctica social.

El objeto de la filosofía para Marx, dice en su ensayo “Las revoluciones filosóficas: de Kant a Marx” (1979): “no es el ser en sí (ni siquiera como materia dialectizada), ni tampoco el ser constituido por la actividad ideal, de la conciencia, sino el ser constituido por la praxis” (p. 202).

La revolución filosófica de Marx no sólo se limita a un cambio de objeto de reflexión sino de la práctica misma de la filosofía. Es por ello que no sólo considera a un mundo en transformación sino que incluye en esa transformación a la filosofía misma. “Se trata –dice en el mismo ensayo– no sólo de teorizar sobre la praxis, sino en función de ella, como momento teórico de la praxis misma. La filosofía de Marx entonces es una filosofía de la revolución en el sentido teórico y práctico. Se hace desde una opción práctica como lo es la de transformar el mundo. Es una opción ideológica, ya que corresponde al punto de vista de la clase que busca la transformación y transforma la teoría misma” (p. 205).

Segunda. Así se deslinda de la concepción ontologizante de Engels, según la cual, el problema filosófico fundamental es el de las relaciones entre espíritu y materia, concepción que también va a sostener más tarde Lenin en *Materialismo y empiriocriticismo*. En esta versión está ausente la dimensión de la praxis.

Tercera. Se pronuncia en contra de una concepción epistemológica que reduzca al marxismo a una teoría científica sin más y que guardaría relaciones de exterioridad con la ideología. Esta posición es sostenida, entre otros, por Althusser.

Adolfo Sánchez Vázquez ha hecho un libro sobre la obra de Althusser. Su deslinde es muy rico no sólo en sus detallados análisis sino en sus tópicos principales: la oposición entre ciencia e ideología; el concepto de corte epistemológico; la autonomía de la práctica teórica; la distinción entre “objeto real” y “objeto de conocimiento”; la función de la filosofía marxista; el problema del método y muchos otros.

No podemos detenernos en todos y cada uno de estos tópicos, pero señalaríamos que el ajuste de cuentas con Althusser le permite poner en circulación una nueva clasificación filosófica: el *teoricismo*, es decir, aquella manera de concebir las relaciones entre la teoría y la práctica de una forma exterior, no intrínseca u orgánica y en la que puede incluirse a autores como Platón, Hegel, Feuerbach y, naturalmente, el propio Althusser.

La concepción filosófica de Sánchez Vázquez se deslinda también, críticamente, de la interpretación antropológico-humanista de autores como Schaff o Fromm. Sánchez Vázquez ha tenido la ocasión de criticar esta concepción, que en otro tiempo fuera la suya, en su trabajo titulado “Antihumanismo o humanismo en Marx” y en su reciente libro *Filosofía y economía en el joven Marx*. En esos trabajos, si bien acepta que algunos de los aspectos positivos del antihumanismo teórico sostenido por Althusser al censurar al humanismo abstracto, concluye que no es posible renunciar al humanismo, si se le considera en otro nivel, es decir, la no exclusión de los análisis teóricos por parte de Marx, del hombre concreto y real, así como la fundamentación de un nuevo concepto de hombre a partir del análisis de las relaciones sociales.

Por último, Sánchez Vázquez define su concepción encontrando límites de otras corrientes que también definen a la filosofía del marxismo como una filosofía de la praxis. Tal cosa ocurre, por ejemplo, con Karl Korsch, quien rechaza correctamente la tesis de un saber puro, separado de su aspecto ideológico y práctico pero sin dejar lugar a una autonomía relativa de la teoría y, por el contrario, creyéndolo interior a la praxis. Korsch considera la teoría como reflejo de la praxis pero no su contribución activa a la transformación de lo real.

En suma, para ASV, la filosofía marxista es una filosofía de la praxis que es inseparable de su función ideológica, crítica, política, gnoseológica y autocrítica.

Si en todo lo anterior he interpretado correctamente lo esencial de las tesis de Sánchez Vázquez, entonces podemos concluir que nos debe todavía dos análisis que me parecen muy importantes: el primero es el de la relación entre la filosofía y las ciencias sociales en Marx, o en otras palabras, entre el carácter científico-social de su obra mayor, *El Capital*, y la nueva filosofía abierta en la XI tesis sobre Feuerbach, si no queremos convertir el modelo estructural-genético propuesto por Marx en *El Capital* en filosofía o atribuirle a la filosofía el carácter de ciencia. El segundo es el de las relaciones entre filosofía, ideología y praxis.

Sobre esta última cuestión, ya ASV nos ha planteado una serie de proposiciones en su ensayo sobre Ferrater Mora. En aquel trabajo considera que la ideología contribuye a fijar el espacio que en la filosofía ocupa el saber o conocimiento y determina también el modo de ocuparlo. La

ideología en la filosofía o la filosofía como ideología determina, a su vez, su relación con lo ideológico mismo y, por último, la ideología determina no sólo el trazado de líneas de demarcación entre la ciencia y la ideología sin dejar de ser ella misma ideología, sino también la relación específica de la filosofía con la ciencia.

Este planteamiento me parece muy interesante y sugerente y valdría la pena leer nuevas opiniones de Sánchez Vázquez al respecto. Lo mismo ocurriría con el concepto de ideología que en su trabajo sobre la relación entre aquélla y las ciencias sociales, así como en éste parece entenderse de una forma sintetizadora como “conjunto de ideas acerca del mundo y la sociedad que: responde a intereses, aspiraciones o ideales de una clase social en un contexto social dado y que: guía y justifica un comportamiento práctico de los hombres acorde con esos intereses, aspiraciones o ideales”. Definición frente a la cual podríamos argumentar que existirían diversas formas de la ideología, por ejemplo, las ideologías teóricas, las ideologías políticas y las ideologías filosóficas, cada una de las cuales, en sus diversas variantes, se insertan de diversos modos en las relaciones sociales y se relacionan de manera distinta con la ciencia y la filosofía.

Pasando al último tema que quisiera abordar en este breve esbozo del conjunto de la obra de Sánchez Vázquez, no podemos dejar de mencionar dos preocupaciones de orden político y que implican un análisis directo y acucioso de la obra de Marx: su concepción de la organización y su concepto de socialismo.

En los capítulos agregados a la segunda edición de *Filosofía de la praxis*, el autor trata dos temas de extraordinaria importancia para la discusión actual de los partidos políticos de la clase obrera, y que en resumen serían la tesis de que en Marx y en Engels no existe la concepción del partido único sino que la clase la constituyen el vasto conjunto de organizaciones obreras y revolucionarias; y la tesis de que existe toda una evolución de la teoría leninista del partido, vinculada estrechamente con las condiciones específicas en que se desarrolla la lucha de clases, lo que refuta la teoría de que Lenin sostenía una sola concepción: la kaustkiana de la “conciencia de clase atribuida”.

El otro tema que ocupa los intereses actuales de ASV es el de la relación entre la concepción marxista del socialismo y el desarrollo del socialismo realmente existente.

La importancia de esta última crítica está a la vista. Independientemente de reconocer el significado que tiene la crítica al capitalismo y al imperialismo, la elaboración de los objetivos estratégicos de la lucha social de las clases trabajadoras pasa por el análisis crítico del socialismo realmente existente. Esta crítica, diría por mi parte, responde a una necesidad urgente que las fuerzas revolucionarias deben emprender. Pronto y de una manera sistemática.

Hasta aquí una conclusión provisional: como se desprende de lo anterior, la obra de Sánchez Vázquez no es una obra cerrada o clausurada sino en movimiento. No es una obra sólo académica o teórica sino tendencialmente política y comprometida. Es una obra que ha alcanzado ya el nivel de la originalidad y que convierte a su autor en uno de los filósofos marxistas más importantes en el mundo de habla hispana. Se puede especular si es un filósofo español transterrado a México o si es un filósofo mexicano. Él mismo nos da su respuesta en el epílogo al libro *Exilio*: “Al cabo del largo periplo del exilio, escindido más que nunca, el exiliado se ve condenado a serlo para siempre. Pero la contabilidad dramática que se ve obligado a llevar no tiene que esperar forzosamente sólo con unos números: podrá llevarla como suma de pérdidas, de desilusiones y desesperanzas, pero también –¿por qué no? – como suma de dos raíces, de dos tierras, de dos esperanzas. Lo decisivo es ser fiel –aquí o allí– a aquello por lo que un día se fue arrojado al exilio. Lo decisivo no es estar –acá o allá– sino cómo se está”.

Noviembre de 1982